

COMENTARIOS DE CIERRE

La obra *La Iglesia en el noreste de México, siglos XVI-XX* se inserta en una línea historiográfica que busca superar las visiones fragmentadas del fenómeno religioso para integrarlo dentro de procesos sociales, políticos y territoriales de larga duración. A lo largo del volumen se ofrece un esfuerzo consistente por mostrar que la Iglesia no puede ser entendida únicamente como una institución encargada de la vida espiritual, sino como un actor con capacidad de intervención en múltiples niveles de la vida regional. Desde la colonización del espacio septentrional hasta la adaptación a los cambios del siglo XX, los trabajos reunidos permiten reconstruir una trayectoria compleja en la que se entrelazan prácticas de poder, dinámicas de negociación social, disputas institucionales y procesos de transformación cultural. En este sentido, el libro no ofrece una historia lineal, sino una lectura analítica que articula distintos momentos históricos a partir de problemáticas comunes.

Uno de los aportes centrales del volumen radica en la manera en que aborda el periodo virreinal, particularmente en lo relativo al papel de las misiones y de las estructuras eclesiásticas en

la configuración del noreste novohispano. Los estudios incluidos en el primer apartado permiten observar que la expansión misional estuvo estrechamente vinculada al proceso de colonización, no solo como instrumento de evangelización, sino como mecanismo de control territorial y reorganización social. El análisis de la misión de San José de Palmas resulta particularmente significativo porque evidencia que los indígenas congregados no fueron únicamente receptores de la doctrina cristiana, sino también actores involucrados en estrategias de “pacificación” que contribuyeron a consolidar el dominio colonial. Este planteamiento resulta relevante porque desplaza la atención de la conversión religiosa hacia las funciones políticas y militares de las misiones, abriendo nuevas líneas de interpretación sobre su papel en el septentrión novohispano.

A esta lectura se suma el estudio sobre los franciscanos y la erección del obispado de Linares, que permite comprender la complejidad de la organización eclesiástica en un territorio caracterizado por su dispersión y su condición fronteriza. Al destacar la participación de las órdenes religiosas en la estructuración diocesana, el volumen cuestiona interpretaciones que han privilegiado

al clero secular como único protagonista en estos procesos. De este modo, se ofrece una visión más equilibrada que reconoce la interacción entre distintos actores eclesiásticos en la construcción institucional de la Iglesia. Este tipo de análisis resulta fundamental para entender cómo se consolidaron las jurisdicciones religiosas en el noreste y cómo estas respondieron a las necesidades administrativas y pastorales de la región. Por otra parte, los trabajos sobre devociones, cofradías e identidades religiosas aportan una dimensión distinta que enriquece la comprensión del periodo virreinal. A través del estudio de prácticas concretas, como la devoción a Jesús Nazareno, las cofradías de Saltillo y San Esteban o el culto guadalupano en Parras, se pone de manifiesto que la Iglesia también fue un espacio de construcción de identidades y de negociación social. Las cofradías, en particular, aparecen como corporaciones que articularon relaciones entre distintos grupos sociales, permitiendo la coexistencia de intereses diversos en un contexto de frontera. Este enfoque permite comprender que la religiosidad no fue únicamente una imposición institucional, sino también un campo de interacción donde se definieron formas de pertenencia y de organización comunitaria.

En conjunto, los estudios del periodo virreinal ofrecen una visión en la que la Iglesia aparece como un actor multifuncional, capaz de intervenir en la administración del territorio, en la regulación de las relaciones sociales y en la producción de significados colectivos. Esta perspectiva constituye uno de los principales aportes del libro, ya que permite superar visiones reduccionistas y comprender la complejidad del fenómeno religioso en la frontera norte de la Nueva España. Asimismo, los trabajos evidencian la necesidad de continuar explorando estos temas desde nuevas fuentes y enfoques, particularmente en regiones que han sido menos estudiadas dentro del territorio virreinal.

En lo que respecta al siglo XIX, el volumen muestra con claridad que este periodo estuvo marcado por procesos de crisis, conflicto y reconfiguración institucional que afectaron de manera directa a la Iglesia. Los estudios sobre el cabildo eclesiástico de Monterrey durante la guerra de independencia permiten observar cómo esta institución tuvo que adaptarse a un contexto de inestabilidad política y económica, gestionando recursos y redefiniendo sus estrategias de supervivencia. Este tipo de análisis resulta especialmente valioso porque inserta a la Iglesia en el ámbito de las

prácticas concretas de gobierno, mostrando que su actuación estuvo condicionada por las circunstancias políticas del momento. A esta perspectiva se suman los trabajos sobre la disputa por los diezmos y el exilio episcopal de 1857, que evidencian las tensiones entre Iglesia y Estado en el contexto del liberalismo. Estos estudios permiten comprender que la relación entre ambas instituciones no puede ser entendida en términos homogéneos, sino como un proceso de negociación constante que adquirió características específicas en el ámbito regional. El análisis del exilio episcopal, en particular, muestra cómo las políticas anticlericales se vivieron y se enfrentaron en el noreste, poniendo de relieve la dimensión local de conflictos que, a menudo, se han interpretado únicamente desde una perspectiva nacional.

Un elemento que destaca en el tratamiento del siglo XIX es la incorporación del estudio sobre las misiones de la Convención Bautista del Sur, que introduce la dimensión del pluralismo religioso. Este trabajo resulta fundamental porque rompe con una narrativa centrada exclusivamente en el catolicismo y muestra que el noreste mexicano fue también un espacio de interacción transfronteriza donde el protestantismo encontró condi-

ciones propicias para su expansión. De esta manera, el libro amplía el horizonte interpretativo y propone una lectura más compleja del campo religioso regional, en la que coexisten distintas tradiciones y proyectos religiosos. No obstante, estos análisis también demuestran que el siglo XIX tiene aún muchas vetas por explotar de parte de la historiografía y que los temas que consideran el pluralismo religioso son aún muy escasos en la región.

En el caso del siglo XX, el volumen ofrece una visión detallada de los procesos de transformación de la Iglesia frente a los desafíos de la modernidad. Los estudios sobre catolicismo social y movilización laica muestran que la Iglesia no permaneció pasiva ante los cambios sociales, sino que desarrolló estrategias específicas para intervenir en la esfera pública. A través de asociaciones, prensa y movimientos juveniles, se observa la consolidación de un laicado activo que desempeñó un papel central en la difusión de ideas y en la organización social. Este enfoque resulta particularmente relevante porque desplaza la atención del clero hacia los fieles, mostrando que la acción religiosa en el siglo XX se construyó también desde la participación laica.

Los trabajos sobre la Acción Católica y la participación de las mujeres regiomontanas aportan elementos importantes para comprender la dimensión social del catolicismo en este periodo. En ellos se advierte que las organizaciones religiosas no solo funcionaron como espacios de formación doctrinal, sino también como plataformas de participación pública, especialmente para sectores que habían tenido una presencia limitada en otros ámbitos. La prensa confesional, por su parte, aparece como un instrumento clave para la difusión de discursos y la construcción de una identidad católica en un contexto de competencia ideológica.

Finalmente, los estudios sobre la relación Iglesia-Estado y la recepción del Concilio Vaticano II permiten observar los procesos de adaptación institucional que marcaron la segunda mitad del siglo XX. En ellos se advierte un tránsito desde el conflicto hacia formas de conciliación, así como la incorporación de nuevas prácticas y discursos en el ámbito pastoral. Este proceso de transformación muestra que la Iglesia no fue ajena a los cambios culturales del periodo, sino que los enfrentó mediante ajustes que redefinieron su papel en la sociedad. En suma, *La Iglesia en el noreste de México, siglos XVI-XX* constituye una obra que logra

articular distintas temporalidades y problemáticas en una visión coherente y bien fundamentada. Su principal aporte radica en mostrar que la Iglesia fue, a lo largo de más de cuatro siglos, un actor dinámico que participó en la configuración del territorio, en la organización de la sociedad y en la construcción de proyectos políticos y culturales. Al integrar estudios sobre el periodo virreinal, el siglo XIX y el siglo XX, el libro ofrece una perspectiva de conjunto que enriquece la historiografía regional y abre nuevas posibilidades de investigación. En este sentido, el volumen no solo aporta conocimiento sobre la historia eclesiástica, sino que también contribuye a una comprensión más amplia de los procesos históricos que han dado forma al noreste mexicano.

José Gabino Castillo Flores
Octavio Herrera Pérez